

Historia de las sensibilidades. Reseña de Alain Corbin y Hervé Mazurel, *Histoire des sensibilités*. París: Presses Universitaires de France, 2022, 120 págs.

Alain Corbin y Hervé Mazurel han codirigido la obra colectiva, titulada *Histoire des sensibilités*, en la editorial Presses Universitaires de France. Conviene indicar que Corbin es catedrático emérito en la Universidad Paris 1 Panthéon-Sorbonne. Historiador de reputación mundial, es un especialista del siglo XIX y uno de nos pioneros de la historia del cuerpo, de las sensibilidades y de las representaciones. Es autor de una treintena de obras, entre las cuales podemos citar *Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social XVIII^e-XIX^e*¹ y *Les cloches de la terre. Paysage sonore et culture sensible dans les campagnes au XIX^e siècle*.² Mientras que Mazurel es profesor de Historia en la Universidad de Bourgogne y especialista de la Europa romántica, de los afectos y de los imaginarios. Es autor, entre otros libros, de *L'inconscient ou l'oubli de l'histoire. Profondeurs, métamorphoses et révolutions de la vie affective*.³ Asimismo, codirige la revista *Sensibilités. Histoire, critique et sciences sociales* y el *Laboratoire du temps qui passe*.

En una larga introducción, Hervé Mazurel recuerda que, durante un largo periodo, la historia de las sensibilidades fue el hecho de algunos pioneros, dado que “la exploración histórica de la vida afectiva es incierta y difícil” (p. 5). Para ello, conviene evitar dos escollos. Por una parte, el riesgo consiste en “proyectarnos tal y como somos en el pasado, atribuyendo nuestros deseos, nuestras emociones, nuestros sentimientos y otras fantasías a las mujeres y hombres del pasado”, lo que conduce a crear una continuidad entre el presente y el pasado y a reducir la distancia cultural que los separa (p. 5). En ese sentido, la historia de las sensibilidades se detiene en “el estudio de las variaciones locales, sociales e históricas de las percepciones sensoriales, de los gustos y de las repugnancias, de la expresión tanto de las emociones como de las formas de afección. Intenta reencontrar “las formas de sentir y de resentir, las maneras de emocionarse y de apegarse, así como los modos de presencia al mundo que han desaparecido hoy en día” (p. 5). Por otra parte, es preciso evitar “prestar inconscientemente a los actores históricos (...) una relación demasiado razonada y razonadora a su mundo”, lo que conduce a infravalorar el peso de las emociones y de las pasiones (pp. 5-6).

Se considera habitualmente que la historia de las sensibilidades nace con el texto inaugural de Lucien Febvre publicado en 1941⁴ que invitaba los investigadores a interesarse por “una historia de la vida afectiva y de sus manifestaciones. (...) El ilustre historiador veía en esta historia de los afectos el arma más segura para luchar contra los anacronismos psicológicos” (pp. 6-7). No en vano, en su época, este llamamiento de

¹ Alain Corbin, *Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social XVIII^e-XIX^e* (París: Flammarion, 1982).

² Alain Corbin, *Les cloches de la terre. Paysage sonore et culture sensible dans les campagnes au XIX^e siècle* (París: Albin Michel, 1994).

³ Hervé Mazurel, *L'inconscient ou l'oubli de l'histoire. Profondeurs, métamorphoses et révolutions de la vie affective* (París: La Découverte, 2021).

⁴ Lucien Febvre, “La sensibilité en histoire. Comment reconstituer la vie affective d'autrefois?”, en *Combats pour l'histoire* (París: Armand Colin, 1992).

Febvre tuvo poco eco, ya que, excepto Robert Mandrou,⁵ pocos historiadores eligieron esta perspectiva. De hecho, el panorama historiográfico de los años cincuenta y sesenta “estaba dominado en Francia por la historia serial y cuantitativa” (p. 7). En la senda de Fernand Braudel y Ernest Labrousse, se privilegiaban las grandes encuestas colectivas de historia socioeconómica, y “la afirmación de la cientificidad de una disciplina preocupada por su preeminencia y el auge de las ciencias sociales, encabezadas por la antropología estructural” (p. 7).

La historia de las sensibilidades se desarrolla inicialmente a la sombra de la historia de las mentalidades, siguiendo los pasos de Philippe Ariès, Georges Duby, Jacques Le Goff, Alphonse Dupront, Jean Delumeau, Jean-Paul Aron y Jean Flandrin. “Esforzándose en reencontrar la atmósfera mental de otras épocas, todos contribuyeron, a su manera, a inscribir los hechos sensibles en la perspectiva historiográfica” (pp.7-8). Asimismo, el auge de la historia del cuerpo en los años setenta jugó un rol decisivo. A ese respecto, la obra de Michel Foucault *Surveiller e punir*⁶ desempeñó un papel relevante. Los libros de Arlette Farge, que escrutan los cuerpos de las clases populares en el siglo XVIII,⁷ o de Georges Vigarello, que, con sus trabajos sobre “el cuerpo enderezado, ha intentado describir la afirmación de la sensación de sí mismo a partir de la historia de los sentidos internos y de las percepciones del cuerpo”,⁸ merecen igualmente una mención especial.

La historia de las sensibilidades conoce un verdadero auge a partir de los años noventa del siglo pasado bajo el impulso de Alain Corbin que elabora un proyecto explícito. Recurriendo a distintas disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales, especialmente a la antropología, pone de manifiesto “la historicidad de los sistemas de percepciones, de emociones y de valoraciones” (p. 8). De ese modo, lleva a cabo una serie de investigaciones relativa “a la génesis histórica de nuestro mundo sensible y a las evoluciones multiseculares de la configuración de lo deseado y de lo rechazado, de lo atractivo y de lo repugnante, de lo agradable y de lo desagradable, de lo tolerable y de lo intolerable” (pp. 8-9).

No en vano, esta historiografía hubiese sido inconcebible sin la contribución previa de Norbert Elias a la sociología histórica de los afectos, al constituir “una genealogía escondida de la historia de las sensibilidades” (p. 9). De la misma forma, la emergencia de la historia de las sensibilidades hubiese sido impensable sin la mutación filosófica acontecida durante la segunda mitad del siglo XIX por la triada compuesta por Nietzsche, Marx y Freud,⁹ “porque es la que devolvió su dignidad filosófica al cuerpo sensible y, luego, enseñó a descubrir detrás de lo racional, lo intemporal o lo universal, el rol histórico de los deseos, de las pulsiones, de los apetitos, [así como] el juego social de las emociones, de los intereses y de otras pasiones” (p. 10). En Alemania, varios filósofos se han esforzado en “pensar la cuestión de la afectividad en las fronteras entre la psicología, la sociología y la historia”, empezando con Georg Simmel y su “sociología de los sentidos”, pasando por el concepto de “racionalidad afectiva” elaborado por Max Weber, y hasta la “pérdida de aura de las obras de arte” de Walter Benjamin (p. 10).

⁵ Robert Mandrou, *Introduction à la France moderne, 1500-1640. Essai de psychologie historique* (París: Albin Michel, 1961).

⁶ Michel Foucault, *Surveiller e punir* (París: Gallimard, 1975).

⁷ Arlette Farge, *Effusions et tourments, les récits des corps. Une histoire du peuple au XVIII^e siècle* (París: Odile Jacob, 2007).

⁸ Georges Vigarello, *Le sentiment de soi. Histoire de la perception du corps* (París: Seuil, 2014).

⁹ Hervé Mazurel, “De la psychologie des profondeurs à l’histoire des sensibilités. Une généalogie intellectuelle”, *Vingtième siècle. Revue d’histoire*, 123 (2014): 22-38.

Lo cierto es que la historia de la sensibilidad “engloba un amplio espectro, que va desde el estudio histórico de los sentidos, [pasando por el de] las percepciones y emociones, hasta el de los sentimientos y pasiones” (p. 11). Ha permitido poner de manifiesto que “nuestros universos sensoriales varían según los tiempos, los lugares y los entornos” (p. 11), lo que abre la puerta al análisis de “la evolución histórica de las maneras de ver, de escuchar, de palpar, de oler, de probar” (p. 11). “Lejos de ser pasivos, nuestros sentidos actúan como unos filtros que tamizan el caos incesante de los estímulos sensoriales y el flujo de las impresiones fugitivas venido desde fuera” (p. 11).

Moldeadas desde la socialización primaria, transformadas a lo largo de la vida y condicionadas por un entorno social y una cultura nacional, “nuestras percepciones son el producto de una historia común” (p. 12). Es la razón por la cual, como lo demuestran Constance Classen¹⁰ y David Howes,¹¹ “de una época, de una cultura, de un entorno a otro, los seres humanos habitan unos mundos sensoriales diferentes” (p. 12). Solamente un poderoso esfuerzo de inmersión y de imaginación permite reconstituirlos (pp. 85-93).

A tal fin, es preciso analizar la “evolución de la jerarquía de los sentidos” así como medir las evoluciones de “las intensidades térmicas, luminosas, cromáticas, olfativas o acústicas” (p. 12). Así, Anouchka Vasak analiza, en la época de la Ilustración y en la era romántica, “la sorda influencia ejercida por los meteoros en el sentimiento de sí mismo (pp. 57-68). A su vez, las modalidades de atención prestada a los mensajes sensoriales cambian con el advenimiento de la cultura de masas que ha modificado las técnicas de observación.¹² A partir del siglo XX, “Georg Simmel reconoce el brusco cambio del panorama sonoro que acompaña el éxodo rural y la metropolización de las sociedades europeas” (p. 13).

El auge de los sonidos industriales, la repetición de las agresiones sonoras, la inatención creciente a los sonidos de las campanas, la retirada de los ruidos habituales de los animales y de las herramientas tradicionales, pero también de los pasos y de las voces, todo ello afecta en profundidad la economía sensorial y el ser psíquico de los habitantes de las ciudades (p. 13).

Por último, es necesario detenerse en “el inmenso campo de exploración de los umbrales de tolerancia de los actores sociales”,¹³ especialmente hacia la suciedad y la demanda de higiene. Así sucede con “la civilización de los olores, con la obsesión creciente por la desodorización de los cuerpos y el refinamiento de los perfumes” (p. 13). Asimismo, los umbrales de tolerancia hacia la violencia y la sangre humana o animal interesan a los historiadores de las sensibilidades, así como la evolución de las prácticas de caza o la matanza de animales en los mataderos que dan cuenta de un auge de la intolerancia hacia el sufrimiento animal (p. 14).

Lo cierto es que, de Simmel a Corbin, la mirada, el oído, el olfato y el tacto juegan un rol decisivo en las interacciones sociales ordinarias y en las impresiones producidas

¹⁰ Constance Classen, *Worlds of Sense. Exploring the Senses in History and Across Cultures* (London: Routledge, 1993).

¹¹ David Howes, *Sensual Relations. Engaging the Senses in Culture and Social Theory* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 2003).

¹² Jonathan Crary, *Techniques de l'observateur. Vision et modernité au XIX^e siècle* (París: Éditions du Dehors, 2016).

¹³ Georg Simmel, *La sociologie des sens* (París: Payot, 2013).

sobre los demás. “Nuestros sentidos participan a la manera en que se descifra, se divide y se clasifica el mundo social” (p. 14). Asimismo, los gustos y las repugnancias forman parte de las estrategias de distinción social.¹⁴ Todo ello, exige pensar conjuntamente “la construcción social de lo sensible y la construcción sensible de lo social” (p. 14).

La historia de las sensibilidades se interesa igualmente por el teatro de las emociones, que, lejos de ser meras manifestaciones biológicas, universales e invariantes, están ritualmente organizadas, son objeto de una minuciosa codificación social y cambian en el tiempo. Es la razón por la cual, como lo indican Corbin, Courtine y Vigarello,¹⁵ “ciertas emociones han desaparecido a lo largo del tiempo mientras que otras han emergido” (p. 15). En ese sentido, más allá de la variedad del lenguaje que las designa, el repertorio cultural de gestos emotivos y de las conductas afectivas varía según los tiempos, las sociedades, los entornos y el género, lo que ilustra el texto de Sarah Rey con el registro del llanto en la Roma antigua (pp. 29-41).

No en vano, conviene señalar que, “entre la *history of emotions* anglo-sajona y la historia de las sensibilidades francesa, sin olvidar las investigaciones llevadas a cabo por el Instituto Max Planck de Berlín sobre las emociones del pasado, los [cuestionamientos] son a menudo distintos, los desacuerdos a veces profundos o señalados por simples diferencias de acentos. En cada país, también, se observa cierta variedad de perspectivas, como en Estados Unidos” (p. 16). Así, prestando una atención particular al pluralismo y a la evolución del lenguaje medieval de las emociones, Damien Bocquet (pp. 43-55) cuestiona el mito “de una Edad Media impulsiva, hipersensible y emotiva, y [nos] enseña a verla como una edad de razón, porque la razón es afectiva y el afecto es razonable” (p. 17).

En ese sentido, “nuestra vida emocional se halla atrapada en unos procesos socio-históricos de larga duración, tales como los procesos de civilización, de privatización, de individualización” (p. 18) o de informalización de las conductas desde los años sesenta y setenta del pasado siglo.¹⁶ Entre las principales transformaciones a la obra, es preciso mencionar las que acompañan, en los países occidentales, “la nueva era compasiva abierta por las redes sociales y el incesante diluvio mediático contemporáneo de una época” (p. 18) que se caracteriza igualmente por el desarrollo de un capitalismo emocional capaz de transformar las pasiones en mercancías, “sin olvidar, con el auge de los populismos en trasfondo, la emergencia de una forma de gobierno a través de las emociones” (p. 19).

Precisamente, los modos de presencia en el acontecimiento y en la política permiten distinguir las emociones y los sentimientos. Se habla preferentemente de las emociones para “describir la efervescencia de una manifestación, la súbita erección de las barricadas, las muchedumbres presidenciales o los funerales públicos”, mientras que se reserva el término sentimientos a “las lógicas de apego a figuras, causas o partidos políticos, a la imagen de una comunidad nacional o religiosa” (p. 19). En otras palabras, “mientras que la emoción evoca algo breve, intenso y espontáneo, el sentimiento parece más enraizado en el tiempo y más asequible también a los discursos” (p. 19).

¹⁴ Pierre Bourdieu, *La distinción. Crítica social del juicio* (París: Minuit, 1979).

¹⁵ Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Geroges Vigarello (dir.), *Histoire des émotions* (París: Seuil, 2017).

¹⁶ Cas Wouters, *Informalization. Manners and Emotions since 1890* (London: Sage, 2007).

A su vez, Clémentine Vidal-Naquet analiza la historia del vínculo conyugal y del sentimiento amoroso durante la Primera Guerra mundial, mostrando todo lo que una historia de lo íntimo aporta a la antropología histórica de la guerra moderna. Este tipo de historia trata de poner de manifiesto “la experiencia sensorial de los combatientes en el teatro de operaciones y de restituir las emociones que acompañan los soldados y los civiles, de manera a menudo paroxística, [es decir] las violencias vistas, recibidas o infringidas, fuentes de traumatismos psíquicos a largo plazo” (p. 20).

Por último, la historia de los afectos implica considerar la psique como una parte de la historia colectiva. Así, el declive del papel desempeñado por la moral cristiana se traduce por una modificación de la economía psíquica que deja de estar dominada por la culpabilidad para estarlo por la angustia, la depresión o la vergüenza.¹⁷ Así, Ute Frevert¹⁸ demuestra que, a pesar de caracterizarse por síntomas parecidos, “la acedia medieval, la melancolía moderna y la depresión contemporánea constituyen unas patologías distintas, inseparables de un contexto socio-histórico específico” (pp. 22-23).

La historia de las sensibilidades invita a superar las fronteras disciplinares entre la historia, la sociología, la antropología y la psicología, al considerar que ciertas divisiones y categorizaciones, como la oposición entre razón y emoción, dificultan la investigación contemporánea¹⁹. Alejándose de los dualismos, invita a concebir la triada cuerpo-afectos-psiquismo como un continuum (p. 22). Intenta superar la oposición tradicional entre el individuo y la sociedad tratando de vincular lo psico-afectivo a lo social-histórico. Muestra cómo “los individuos, a lo largo de su socialización, en el marco familiar, escolar, religioso, etc., incorporan el mundo social bajo la forma de afectos socialmente coloridos” (p. 22). Por último, trata de pensar la vida emocional, más allá de la oposición entre natura y cultura, mostrando cómo lo biológico y lo social se entremezclan constantemente. De ahí viene la importancia que conceden Thomas Dodman y Hervé Mazurel “al difícil diálogo entre neurociencias e historia de las emociones” (p. 22).

El estudio de las sensibilidades concierne todos los ámbitos, ya que las emociones afectan todas las esferas, de lo social a lo político pasando por lo económico y lo cultural. De la misma forma, diversos aspectos inciden en la evolución de las culturas sensibles y de los regímenes afectivos: “no solamente las mutaciones que afectan los sistemas de creencias y las convicciones científicas, sino también las habilidades técnicas, las normas sociales de conducta, los estilos de vida o los códigos estéticos que [determinan] los sistemas de valoración del mundo” (p. 23).

No en vano, las inflexiones fundamentales de la vida afectiva son difíciles de discernir, ya que “sus cronologías son indecisas [y] su datación es incierta. Discretos, los movimientos subterráneos que afectan la sensibilidad se parecen a estas revoluciones silenciosas que avanzan a escondidas” (p. 23). Por lo cual, “el historiador debe trabajar a una lenta identificación de una serie de indicios concordantes, que dan cuenta de la aparición de una nueva sensibilidad” (p. 23). Asimismo, dado que esta historia inconsciente conoce a menudo amplias oscilaciones, dado que las mutaciones se producen en largos periodos de tiempo, el historiador debe trabajar sobre largas escalas de tiempo.

¹⁷ Pierre-Henri Castel, “Des âmes scrupuleuses à la fin des coupables: obsessions et compulsions dans l’histoire”, *PSN*, vol. 11, 1 (2013): 25-38.

¹⁸ Ute Frevert, *Emotions in History. Lost and Found* (Berlín: Central European University Press, 2011).

¹⁹ Quentin. Deluermoz y Hervé. Mazurel, “L’histoire des sensibilités: un territoire-limite?”, *Critical Hermeneutics*, vol. 3, 1 (2020).

Pero, una vez identificadas estas tendencias de fondo y que se conocen más detalladamente sus fluctuaciones, es posible llevar a cabo estudios más específicos.

Además, todas las fuentes son susceptibles de interesar a la historia de las sensibilidades, siempre y cuando el investigador “sepa extraer del documento la verdad que lo organiza y de no olvidar que las fuentes del historiador deben ser miradas como vectores y objetos propios, puesto que hablan de sí mismas antes de hablar del mundo” (p. 24). El abanico es amplio.

Bien es cierto que este tipo de historiografía plantea ciertos problemas metodológicos, porque conviene “medir cada vez, en las fuentes, el peso de los códigos narrativos, de los medios retóricos en uso y de los silencios impuestos” (p. 25). Esto dificulta la identificación de las emergencias, “puesto que el historiador no puede siempre determinar si la innovación detectada refleja una transformación profunda de la gama de las emociones o solamente el invento de nuevos modos retóricos” (p. 25). En otros términos, si la historia de lo sensible representa un espacio de investigación legítimo y permite una lectura alternativa de lo social, “apoyada en una perspectiva relacional, comprensiva y constructivista, conviene, sin embargo, no perder de vista que sigue siendo, ante todo, un modo de conocimiento indiciario” (p. 25).

Al término de la lectura de la obra *Histoire des sensibilités*, es necesario reconocer la originalidad de la historia de las sensibilidades en el panorama historiográfico contemporáneo, especialmente en Europa y Estados Unidos. Impulsada, entre otros, por Alain Corbin, permite devolver sus letras de nobleza al estudio de las emociones, los sentimientos y las pasiones como elementos esenciales de las sociedades, pero cuyas características fluctúan en el tiempo y varían en función de los entornos socioculturales. La presente obra compagina 1) una presentación general; 2) unos estudios monográficos dedicados a las lágrimas en la antigüedad romana, la concepción y la vivencia de las emociones en la Edad Media, las sensibilidades durante la Ilustración y el romanticismo, y el vínculo sentimental en las correspondencias conyugales durante la Primera Guerra mundial; y, 3) una puesta en perspectiva, analizando la relación entre las neurociencias afectivas y la historia de las emociones. No en vano, a pesar de la unidad teórica que caracteriza esta obra colectiva, se constata cierta heterogeneidad formal y una disparidad entre las partes.

Más allá de esta reserva, la lectura de la presente obra, breve pero densa, se antoja ineludible para mejorar nuestro conocimiento de la historia de las sensibilidades.

Eguzki Urteaga
Universidad del País Vasco (España)
eguzki.urteaga@ehu.eus
ORCID ID: 0000-0002-8789-7580

Fecha de recepción: 25 de abril de 2023

Fecha de aceptación: 8 de mayo de 2023

Publicación: 30 de junio de 2023

Para citar este artículo: Eguzki Urteaga, “Historia de las sensibilidades. Reseña de Alain Corbin y Hervé Mazurel, *Histoire des sensibilités*. París: Presses Universitaires de France, 2022, 120 págs.”, *Historiografías*, 25 (enero-junio, 2023), pp. 194-200.